

El nombre de Dios

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *El nombre de Dios*
Autor: © Javier Martínez-Pinna López

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: *The Visit of the Queen of Sheba to King Solomon*, Edward Poynter, 1890. Art Gallery of New South Wales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-593-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-594-7
ISBN edición digital: 978-84-9967-595-4
Fecha de edición: Marzo 2014

Impreso en España
Imprime: E-impresión
Depósito legal: M-3028-2014

A mi mujer, Ade, y a mi hija, Sofía

Índice

Introducción	11
Capítulo 1. La historia del pueblo de Israel: una revisión crítica	19
Los orígenes del pueblo elegido. Los patriarcas	22
El éxodo de Egipto	25
La conquista de Canaán. Los jueces	30
La monarquía unificada	34
El reinado de Salomón	38
La monarquía dividida	46
La caída de Israel y Judá	50
El helenismo y el período de dominación romana	55
Capítulo 2. ¿Qué es la mesa de Salomón?	
Un enigma sin respuesta.....	61
La naturaleza de la mesa de Salomón	62
La mesa de Salomón según los historiadores musulmanes	78
El nombre de Dios	84

Capítulo 3. El largo viaje de la mesa de Salomón.	
Siguiendo sus huellas.....	89
La mesa de Salomón en manos de los visigodos	110
La invasión islámica de España. Se inicia la búsqueda	121
Capítulo 4. La cueva de Hércules	129
Los orígenes míticos de la ciudad de Toledo	130
Un viaje por el subsuelo del Toledo oculto	136
Mario Roso de Luna	154
Capítulo 5. La ciudad de la mesa.....	159
Medinaceli	162
Torija	166
Alcalá de Henares	170
Capítulo 6. La pista jienense. Otras posibles ubicaciones	179
La búsqueda de la mesa en Jaén	179
El Escorial	194
Rennes le-Chateau	195
Capítulo 7. La reliquia viaja hacia el norte	205
Una inesperada revelación	208
La mesa de Salomón. Reescribiendo la historia	222
La montaña sagrada	229
Agradecimientos.....	247
Bibliografía	249

Introducción

En la historia, el interés por descubrir los hechos del pasado es lo que ha llevado al ser humano a tratar de ofrecer una explicación racional de los acontecimientos que nos precedieron. De esta forma, el conocimiento del fenómeno histórico se ha convertido en una parte esencial de nuestra cultura, y su aprendizaje, en un elemento fundamental de nuestro sistema educativo.

Siempre he considerado que la principal tarea de un profesor que enseña Historia es precisamente esa: despertar la curiosidad de los chicos y chicas con los que trabaja para que, por ellos mismos, sientan la necesidad de formarse. Es la fascinación que sienten los niños cuando descubren algo por primera vez, lo que les lleva a querer explorar el mundo que les rodea. La pérdida de esa capacidad de asombro se convierte en algo irreparable, algo que deberíamos tratar de evitar por encima de todo. El interés por comprender lo que nos es desconocido es, de este modo, mucho más importante que toda la constancia y el esfuerzo que podamos aplicar a aquello que, por otra parte, no nos importa.

Fue así como empecé a sentirme atraído por la historia: los misterios que rodeaban a nuestro pasado, los enigmas que se escondían tras episodios tan enigmáticos como la aparición y evolución de la especie humana, la naturaleza de la religión egipcia, con sus mitos y creencias, o el exotismo de las culturas precolombinas americanas; todos ellos despertaron en mí un interés cada vez mayor por conocer la realidad de los pueblos que lo hicieron posible.

Aún recuerdo un día durante mi infancia en el que una de mis profesoras de enseñanza primaria nos mandó elaborar un trabajo de investigación histórica. El tema era libre, lo único que le importaba era que nos llamase la atención. Se abrían ante mí muchas posibilidades, ¿sobre qué podía escribir? Unos días antes había terminado de leer un libro relacionado con la leyenda del Dorado, que me pareció, desde el principio, apasionante. No lo dudé ni un solo instante; quería conocer cómo eran aquellas civilizaciones cuya sola mención empujó a miles de europeos a adentrarse por unas extrañas e inexploradas selvas en busca de su sueño.

Las fuentes de información de las que disponía eran muy escasas. Por aquella época no se había generalizado el uso de internet y por lo tanto el acceso a una bibliografía más o menos rigurosa sobre el mundo precolombino, desde mi casa de Alicante, era bastante complicado. Me dirigí inmediatamente a lo que tenía más a mano: la enciclopedia familiar que teníamos en el salón y que, en más de una ocasión, me había ayudado a salir del paso.

Lo que descubrí en un primer momento no fue del todo lo que esperaba. ¿Dónde estaban aquellos intrépidos españoles recorriendo las selvas sudamericanas en busca de tan mágico lugar? ¿Dónde los reyes incas y de otros pueblos vecinos, con el cuerpo cubierto de oro, sumergiéndose en misteriosos lagos? Para mi desesperación, la enciclopedia no me daba más de lo que yo consideré, en un primer momento, una árida descripción sobre la organización social y política del Imperio inca, sobre los distintos reyes que gobernaron hasta la conquista de Pizarro y sobre las bases económicas de tan vasto imperio. A pesar de todo, cogí la vieja máquina de escribir de mi padre y empecé a redactar mi trabajo. Lo que entonces me pareció aburrido se fue haciendo cada vez más interesante; cuanto más escribía, más quería saber sobre ellos; después de todo,

el interés por lo que era desconocido y tan atractivo para mí, ya había surgido.

Pasados los años, y conseguido mi sueño de convertirme en profesor de Historia, no tardé en recapacitar sobre el método que debería emplear para enseñar a mis alumnos. Quería que sintiesen la emoción que yo había experimentado al enfrentarme a un enigma de nuestra antigüedad. Uno de los años en los que tuve ocasión de impartir la asignatura de Prehistoria e Historia de las Primeras Civilizaciones, comencé el curso entregándoles unas actividades que giraban en torno a la comprensión del arte paleolítico a partir del estudio de sus obras más significativas.

Quise ponerles en la piel de un arqueólogo cuando descubre, después de muchos milenios, unas pinturas en el interior de una cueva que, desafiantes ante el paso del tiempo, nos informan sobre sus formas de vida y de pensar. La experiencia fue fructífera, y entonces me pregunté: ¿Por qué no repetir el mismo proceso con otras etapas históricas? ¿Con qué podría trabajar para introducir los temas de historia de Mesopotamia o de Egipto, o los de Grecia y Roma? Y en la Edad Media, ¿no podría utilizar los mitos y leyendas sobre el grial o sobre la figura del Cid como pretexto para introducir a los alumnos en el conocimiento de una época tan lejana?

Fue así como empecé a profundizar cada vez más en el estudio de unos objetos que durante siglos habían buscado todo tipo de investigadores, aventureros y arqueólogos. Su historia era apasionante, y fue entonces cuando me pregunté: ¿por qué no utilizarla en mi clase? Comencé a leer cada vez más sobre artefactos tales como el santo grial, el arca de la alianza, la lanza de Longinos o sobre algunas de las reliquias que tanta devoción provocaron entre los cristianos de tiempos medievales. Todos ellos formaban parte de una tradición llena de misterio y habían involucrado a distintos pueblos, culturas y religiones. Pero, ¿qué eran realmente estos objetos de poder?

No me fue posible encontrar una definición oficial, pero en líneas generales todos los autores hacían referencia a unos utensilios revestidos de sacralidad o que habrían pertenecido a una persona fuera de lo común. Dentro de este grupo estaban las reliquias, entre las que destacaban las que se relacionaron con Jesucristo y cuya

posesión se disputaron múltiples iglesias, abadías, catedrales o monasterios desde los mismos orígenes del cristianismo. Otro gran grupo estaba formado por aquellos objetos que otorgaban una superioridad cognitiva, tecnológica y política a sus propietarios. Algunos de ellos tenían una naturaleza terrible y podían ser utilizados para el bien y para el mal. Además, su mal uso podía tener unas consecuencias catastróficas. Todo parecía complejo, ya no sólo se trataba de historia, en todo esto se mezclaban folclore, tradiciones populares y arqueología. Pero de lo que no me cabía ningún tipo de duda era que, a buen seguro, sus leyendas y misterios iban a interesar a aquellos con los que ese año iba a trabajar.

De entre todos estos objetos, uno fue el que más me cautivó. Alrededor de él todo parecía un enigma: su naturaleza, su recorrido histórico, su posible ubicación y su significado religioso. La mesa de Salomón era un enorme rompecabezas que ningún investigador había podido comprender, ya que este desconocido artefacto había logrado conservar sus secretos desde los mismos albores de nuestra historia, y todo ello a pesar de que, gracias a las fuentes, se ha podido rastrear su recorrido histórico desde su aparición hasta su llegada a la que se vino a considerar su morada definitiva: la ciudad de Toledo. Esta odisea se inició durante los primeros momentos de la formación del pueblo de Israel en el segundo milenio antes de nuestra era, por lo que fue allí donde decidí centrar mi atención para comprender cuál fue la naturaleza de la mesa y su importancia en la religión yahvista.

Casi han transcurrido tres mil años desde que el legendario monarca judío Salomón iniciase uno de los reinados más importantes e influyentes del judaísmo. A pesar de que ciertas tendencias historiográficas han limitado su papel al de un caudillo menor, las fuentes escritas, especialmente la Biblia, y las tradiciones populares, insisten en otorgar al tercer soberano de la monarquía unificada de Israel un papel predominante en el devenir histórico, cultural y religioso del pueblo elegido. Fue durante su reinado cuando se llevaron a cabo las obras para la construcción del templo de Jerusalén con la finalidad de iniciar un proceso de centralización del culto yahvista, pero también con la intención de proporcionar una morada definitiva a los objetos de culto más importantes de su religión, entre los

que estarían el arca de la alianza, definida como símbolo de la presencia de Dios en la Tierra, el candelabro de los siete brazos y una enigmática mesa en la que Salomón, según la leyenda, grabó un mensaje secreto cuya comprensión podría otorgar a su descubridor, el conocimiento del nombre verdadero de Yahvé.

Todas estas reliquias desaparecieron con el paso del tiempo. La agitada historia del pueblo de Israel hizo imposible su conservación en una ciudad tantas veces conquistada, saqueada y destruida. Algunos de estos objetos dejaron de mencionarse de forma repentina, sin dejar huella de su pérdida, como es el caso del arca de la alianza; algo que no ocurrió con la mesa de Salomón. Las referencias a su posible ubicación, las fuentes historiográficas que mencionan su recorrido histórico y su vinculación con algunas de las civilizaciones más importantes de la Antigüedad han provocado el interés de viajeros y estudiosos de todo tipo que han emprendido una larga búsqueda para desvelar su secreto.

El primer problema con el que se encontraron fue establecer cuál era la naturaleza de la reliquia. En este sentido, los historiadores han expuesto todo tipo de hipótesis, aunque en general ha predominado la idea de que se trataba de la misma mesa que Yahvé ordenó realizar a Moisés durante el éxodo del pueblo judío en el desierto. Otros han expuesto la posibilidad de que se tratase de una pieza realizada íntegramente durante el reinado de Salomón; mientras que los más atrevidos propusieron la posibilidad de que fuese una especie de espejo mágico con el que se podrían observar los siete climas del universo o, lo que es lo mismo, el desarrollo histórico de la humanidad desde sus inicios hasta el final de los tiempos.

Al margen de todas estas especulaciones, su existencia parece quedar demostrada historiográficamente merced a la claridad con la que podemos rastrear su periplo desde que esta quedó ubicada en la ciudad de Jerusalén. ¿Y eso por qué?

Ciertos objetos fueron escondidos en algún lugar secreto cercano al templo de Salomón para evitar que cayesen en manos de algunos de los muchos conquistadores, que a lo largo del primer milenio antes de Cristo cayeron sobre la capital judía. Tras la destrucción del templo en 587 a. C. por Nabucodonosor II, al que le siguió una feroz represión y el exilio de los miembros más

destacados del reino de Judá en tierras de Babilonia, el rey persa Ciro II permitió su regreso y la construcción del que a la postre sería el segundo templo de Jerusalén, por lo que muchos de los tesoros que anteriormente habían sido escondidos, volvieron al interior del mismo.

Se inició a partir de entonces una época de debilidad en la que el anteriormente poderoso reino de Judá quedó convertido en una provincia más del floreciente Imperio persa. Y así continuó hasta que a finales del siglo IV a. C. Alejandro Magno derrotó al gigante asiático y dio origen a una nueva etapa, en la que la región quedó dividida en dos ámbitos de influencia cultural y religiosa. Los intentos de helenización forzosa, favorecidos por las élites gobernantes, primero de los ptolomeos egipcios y posteriormente de los seléucidas, eran contestados por movimientos de resistencia de carácter conservador que defendían la preeminencia de la religión yahvista y la cultura judía. La inestabilidad fue aprovechada oportunamente por los romanos, que en el siglo I a. C. ya empezaban a imponer las reglas del juego en la zona.

Pero la llama de la rebelión se encendió pronto. De poco pareció valer la tolerancia que los nuevos conquistadores mostraron hacia la religión tradicional de los judíos. La voracidad de los gobernadores latinos, que planificaban sus mandatos con la mera intención de abultar sus ya abigarradas arcas, hizo que el pueblo judío se levantara en armas para librarse del yugo romano. Fue así como en el año 70 d. C. Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, llegó a la ciudad y acabó contundentemente con cualquier rastro de discrepancia. Esta vez, los tesoros que en su día el rey Salomón depositó en el sanctasanctorum del templo se perdieron para siempre.

Un testigo presencial de los hechos, el historiador judío Flavio Josefo, fundamental para entender esta obra, relató cómo los romanos se apoderaron de la mesa: «Entre la gran cantidad de despojos, los más notables eran los que habían sido hallados en el templo de Jerusalén, la mesa de oro que pesaba varios talentos y el candelabro de oro».

Tras la victoria de las legiones romanas, el tesoro de Jerusalén marchó hacia la capital imperial, en donde permaneció durante

muchos años, primero en el templo de Júpiter Capitolino y después en el palacio de los Césares.

Pasó el tiempo y el mundo romano entró en un proceso de descomposición que se acentuó desde principios del siglo v d. C. En el año 410, el rey visigodo Alarico, cumpliendo su amenaza de tomar por la fuerza la ciudad eterna, saqueó Roma y se llevó el tesoro del templo de Jerusalén. Asombrosamente, descubrí que de nuevo las fuentes parecían confirmar esta tesis, ya que en el siglo vi un prestigioso historiador, Procopio de Cesarea, afirmó que entre las riquezas que Alarico el Viejo había tomado en Roma estaban los objetos que habían pertenecido a Salomón y que, a su vez, habían sido tomados por los romanos en tiempos antiguos. La conexión era clara y las fuentes fidedignas, por lo tanto, hemos de suponer que la mesa cayó en manos de un nuevo pueblo que, tras la caída de la capital, se puso otra vez en movimiento, esta vez hacia el sur de la Galia, en donde los visigodos lograron crear un nuevo reino alrededor de la ciudad de Tolosa.

Tras su derrota frente a las tropas del rey franco Clodoveo, los godos trasladaron de nuevo su famoso tesoro hasta la ciudad que en un primer momento se convirtió en la residencia de la nueva monarquía, Barcelona, para más tarde pasar a la ciudad de Toledo en donde permanecería, como mínimo, hasta la llegada de los musulmanes en el 711.

Fue en torno a esta ciudad de Toledo, donde comenzó a extenderse la creencia de la existencia de un lugar, la cueva de Hércules, situada bajo la desaparecida iglesia de San Ginés, en donde se encontraría este fantástico tesoro en el que la mesa de Salomón tendría un lugar privilegiado. Según la Crónica del Moro Rasis del siglo x, Hércules habría construido un lugar en donde ocultó los peligros que amenazaban a España, tanto los presentes como los futuros. Era tradición de la monarquía goda que cada uno de sus reyes pusiese un candado en la puerta de la cueva para mantener su secreto a salvo, pero el último de ellos, Rodrigo, movido por la curiosidad, penetró en su interior, y para su desesperación, observó algo que no le tuvo que gustar, algo que anunciaba el final de su mandato y de su reino. Sobre un lienzo pudo ver unas figuras que representaban a guerreros con espadas curvas derrotando

a su ejército; el mensaje era claro: el joven y correoso ejército musulmán, que en pocos años había creado un imperio que se extendía desde Persia hasta el Norte de África, amenazaba con destruirle. Pero el mal ya estaba hecho, poco tiempo después, se produce la invasión islámica de la península ibérica, acontecimiento que marca de forma irreversible el futuro histórico de España y del resto de Europa. Es también en este momento cuando volvemos a contar con nuevas fuentes que nos informan sobre la mesa y su posible ubicación, pero ahora de forma más confusa y contradictoria.

Las fuentes historiográficas árabes resaltan las violentas disputas que estallaron entre los dos principales generales del ejército musulmán. Muza y Tariq rivalizaron por el reconocimiento de las conquistas realizadas en la península ibérica, pero otros autores van más lejos y aseguran que detrás de esta enemistad estaba, ni más ni menos, que el intento de atribuirse cada uno de ellos el hallazgo de la sagrada reliquia.

Para resolver el conflicto, el califa Al-Walid decidió convocar a los dos conquistadores en su corte de Damasco. Ordenó también el traslado del botín a Siria para que fuese puesto a buen resguardo en la capital del Imperio árabe. De lo que si podemos estar seguros, es que ni la mesa, ni el resto de los objetos y reliquias importantes que pertenecían al pueblo visigodo, completaron su viaje, por lo que, si damos alguna credibilidad a los historiadores islámicos, tuvieron que desaparecer antes de que llegasen al puerto en donde deberían embarcar para iniciar su travesía hacia Oriente.

Desde entonces, surgen todo tipo de leyendas que tratan de explicar su destino definitivo, el lugar en donde el fabuloso tesoro de los godos encontró su morada final. La búsqueda que comenzó hace casi 1500 años sigue sin desvelarnos sus secretos, y la mesa, escondida en su refugio milenario, sigue desafiando a todos los que cayeron bajo el hechizo de tan escurridizo tesoro.

Capítulo 1

La historia del pueblo de Israel: una revisión crítica.

Mis primeras lecturas sobre la naturaleza de la mesa de Salomón me llevaron a la convicción de que su comprensión sólo sería posible si analizaba, con detenimiento, la historia del pueblo de Israel. Fue por ese motivo, por el que decidí centrar mis primeras investigaciones en el estudio de la principal fuente de información del pueblo elegido: la Biblia.

A lo largo de los siglos, los investigadores han tratado de identificar las fuentes orales y escritas que se utilizaron para dar forma al texto bíblico. Una de las principales preocupaciones fue la de establecer una cronología que les permitiese saber cuándo fue escrita la Biblia, lo que llevó a los historiadores a proponer fechas diversas que oscilaban entre los que aseguraban que la forma definitiva del Pentateuco se estableció durante la vida de Moisés, mientras que otros opinaron que la redacción se tuvo que desarrollar durante el período de la monarquía unificada de David y Salomón. Un último grupo prefirió situar su redacción en una fecha más temprana, más concretamente a finales del siglo VII a. C., durante el reinado de Josías.

En términos generales, el Antiguo Testamento se podría definir como la base de la religión judeocristiana, un conjunto de escritos en los que se recopilaban todo tipo de textos: filosóficos, históricos, legales, proféticos y legendarios. La arqueología ha tratado de encontrar, en los últimos doscientos años, pruebas que den veracidad a un relato en el que se mezclan historias reales y legendarias. En un principio, desde finales del siglo XIX, los hallazgos arqueológicos parecían demostrar la historicidad de las fuentes literarias, ya que las noticias de descubrimientos espectaculares hicieron pensar que los relatos bíblicos eran en su mayor parte verídicos.

Una de las herramientas que se utilizaron para apoyar las tesis de los estudiosos del Antiguo Testamento, fue la búsqueda de referencias en los monumentos y archivos de las grandes civilizaciones que, durante los dos mil años anteriores al nacimiento de Cristo, compartieron espacio con el pueblo judío. Estas pruebas se encontraron en los documentos escritos de Egipto y Mesopotamia y mostraban, sin lugar a dudas, que lo que narraba la Biblia tenía una base histórica. En Egipto, una estela erigida por el faraón Merneptah en el año 1207 a. C. mencionaba una victoria sobre el pueblo de Israel, mientras que el faraón Sheshonq I, de la XXII dinastía, dejó grabado sobre las paredes del templo de Karnak un informe sobre la campaña militar que organizó en el reino de Israel después de la muerte de Salomón. En Mesopotamia, las excavaciones arqueológicas revelaron la existencia de ciudades como Nínive o Babilonia, anteriormente sólo conocidas por las referencias bíblicas.

Bien es cierto que algunas de estas pruebas no superaron el rigor de la investigación arqueológica moderna. Muchas de las pistas que por entonces se consideraron como definitivas para certificar su carácter histórico se demostraron erróneas, o fuera de un contexto propiamente bíblico. Algunas construcciones que se hacían remontar a tiempos de la monarquía unificada fueron definitivamente datadas más de doscientos años después. La huida de Egipto y el éxodo tuvieron auténticos problemas para ser fechados satisfactoriamente por los arqueólogos que, infructuosamente, buscaron evidencias del paso del pueblo judío por el desierto del Sinaí en el segundo milenio antes de Cristo. El desarrollo de la crítica textual y filológica determinó, por otra parte, que la redacción del Antiguo

Testamento no parecía remontarse a tiempos mosaicos, a pesar de que probablemente narrase episodios que sí pudiésemos hacer retroceder a esa fecha.

Surge entonces una corriente crítica que niega la validez de los datos que nos proporciona el libro sagrado en su descripción del pueblo judío. La publicación en el año 2001 de la obra de Israel Finkelstein y Neil Silberman, *La Biblia desenterrada*, marca un hito al poner en cuestión, entre otros aspectos, episodios tales como el éxodo. También rechazan la propia naturaleza de lo que según la Biblia fue la monarquía de David y Salomón, en el tránsito entre el segundo y el primer milenio antes de Cristo. Según los autores, el rey Salomón no pudo ser más que un simple jefe tribal en un territorio limitado de las tierras altas cananeas.

Me di cuenta de que esta discrepancia a la hora de interpretar el valor histórico de la Biblia, sólo tenía sentido si se tenían en cuenta los posicionamientos ideológicos de los investigadores que llevaron a cabo estos estudios. De esta manera, y después de un largo y tedioso período de tiempo –en el que traté de hacerme una idea aproximada de la situación y de las posturas de las distintas corrientes historiográficas que en la actualidad siguen centradas en el estudio del Antiguo Testamento– entendí que la comprensión de esta obra sólo sería posible si se partía de una postura intermedia, entre la de los primeros biblistas que ofrecían una secuenciación demasiado simplista de la elaboración del libro sagrado, y la de aquellos que sistemáticamente la vaciaban de contenido.

La base histórica del relato parecía tener una historicidad sólida, de eso no tenía duda. Y lo que a mí más me interesaba era que la existencia de objetos sagrados, entre los que podemos citar la mesa de Salomón, el candelabro de los siete brazos o el arca de la alianza, fue atestiguada por historiadores posteriores que llamaron la atención sobre su importancia, validando, de esta forma, la información que anteriormente nos transmitieron aquellos que habían escrito el que a la postre fue el libro más influyente de todos los tiempos.

LOS ORÍGENES DEL PUEBLO ELEGIDO: LOS PATRIARCAS

El origen del pueblo hebreo está envuelto en leyenda. Son muchos los que han tratado de ofrecer una explicación más racional de sus inicios históricos recurriendo a las fuentes que antes citábamos: los paralelismos con los datos que nos suministraban otras culturas vecinas del área del Próximo Oriente, las narraciones bíblicas, las aportaciones filológicas y, finalmente, los trabajos arqueológicos.

En el estudio de nuestra antigüedad más lejana es poco lo que podemos afirmar sin abrir una ventana al debate, más aún si tratamos temas religiosos y políticos; y la historia de Israel está repleta de ellos. Además, el origen de los distintos pueblos antiguos y la procedencia de sus más lejanos ancestros es difícil de establecer en fechas tan remotas como el tercer o el cuarto milenio antes de nuestra era. Por eso, en el estudio del pasado israelita se ha de imponer la cautela y una continua revisión de los contenidos que nos ofrecen los cientos de investigadores que, desde hace tantos siglos, tratan de recomponer un rompecabezas tan complejo como el que aquí nos ocupa. A pesar de todo, hay una cierta unanimidad a la hora de situar el origen de las poblaciones semíticas en lo que hoy es la península arábiga.

La historia de Israel, propiamente dicha, se inicia con los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, a los que Yahvé prometió la posesión de Canaán. En el Génesis, todos ellos aparecen como pastores nómadas procedentes de las zonas limítrofes con Palestina, aunque las referencias cronológicas no son seguras. Abraham es un personaje fundamental para la historia del pueblo judío y su figura es exaltada como el fundador de Israel, al ser el destinatario de la promesa divina de territorios y de una descendencia numerosa que formaría el pueblo elegido.

Según nos cuenta la Biblia, perteneció a una de las muchas familias que apacentaban sus rebaños en los alrededores de la ciudad mesopotámica de Ur. Reasentado en Jarán, a orillas del Éufrates, Abraham recibió la orden de salir de su tierra y partir hacia Canaán. Durante su viaje fue erigiendo altares dedicados a Dios, al tiempo que iba conociendo la verdadera naturaleza de su misión y



Abraham es uno de los personajes más importantes de la religión hebrea. Con él se inicia la historia del pueblo elegido, al ser el depositario de la promesa divina de una nueva tierra. REMBRANDT. *El sacrificio de Isaac* (1635). Museo del Hermitage, San Petersburgo.



La Piedra del Destino fue la piedra en la que un día Jacob apoyó la cabeza y soñó con una escalera por donde subían y bajaban ángeles divinos. En la actualidad este objeto de poder se encuentra en Edimburgo, pero debe seguir siendo utilizado para las ceremonias de coronación de los futuros monarcas británicos.

destino. Y así llegó a tierras palestinas, en donde construyó un primer campamento en la localidad de Siquem, tomando contacto con los cananeos y con los hititas.

El hijo que tuvo con Sara, Isaac, tomó por esposa a Rebeca, con la que tuvo dos gemelos, Esaú, un fornido cazador y Jacob, más sensible y culto, que era el preferido de la madre. A este último le concedió el derecho de primogenitura después de una treta que privó al primero de su herencia. Podemos imaginarnos que al agraviado Esaú no le tuvo que hacer mucha gracia el haber sido despojado de sus derechos, por eso buscó venganza, lo que provocó la huida de Jacob, que marchó hacia el norte. De camino, en Betel, se detuvo a pernoctar y soñó con una escalera que llegaba hasta el cielo y de la que subían y bajaban ángeles divinos.

Es precisamente en torno a este episodio, en donde se genera una nueva tradición relacionada con otro de los objetos de poder que mayor interés ha despertado entre los buscadores del misterio. La Piedra del Destino, en la que Jacob apoyó su cabeza durante su

enigmático sueño, era otro de esos extraños artefactos que según la tradición, otorgaban poder político y terrenal a su poseedor.

Sea como fuese, y al margen de lo que ocurriese con ella, Jacob siguió caminando hacia el norte, hasta la ciudad de Jarán, en donde engendró once hijos, y en ese lugar se estableció hasta que Dios le ordenó su vuelta a Canaán. Pero en su nuevo hogar, la situación de las tribus israelitas era francamente delicada, con unas disputas entre los hijos de Jacob que empujó a José, el preferido de su padre, a emprender el largo camino del exilio hasta las tierras de Egipto en donde finalmente logró prosperar. Al contrario de lo que allí ocurría, en Canaán el hambre empujó al pueblo de Abraham a seguir los pasos de José, por lo que marcharon hacia el país del Nilo, en donde iniciaron una nueva etapa que marcará su futuro desarrollo histórico y religioso.

EL ÉXODO DE EGIPTO

El pueblo de Israel estuvo sometido a la autoridad de los faraones egipcios durante buena parte del Imperio Nuevo, especialmente en su momento de máxima expansión que coincidió con el reinado de los ramásidas.

Consciente de la importancia que tenía este episodio para el estudio de la mesa de Salomón, decidí centrar mi atención en este relato para ver si fue realmente posible que Moisés ordenase construir este y otros objetos de culto para que acompañasen a los judíos en el desierto. Lo primero que debía investigar era precisamente eso, si estábamos hablando de un relato mítico o histórico, por lo que me cargué de bibliografía y me puse manos a la obra.

Los problemas empezaron pronto. Los historiadores del pasado hebreo nunca se pusieron de acuerdo a la hora de fechar el momento en el que se produjo este acontecimiento. Han sido muchas las fechas propuestas, aunque la opinión mayoritaria parece situarlo durante el reinado de Ramses II o de su sucesor, Meremptah.

La liberación de los israelitas de Egipto es uno de los elementos fundamentales de la religión hebrea y en ella tiene un especial protagonismo Moisés. Aunque envuelto en la leyenda, este





El éxodo del pueblo judío por el desierto es uno de los momentos más trascendentales del pasado israelita. Son muchos los que dudan de su autenticidad, pero las fuentes documentales y arqueológicas parecen indicar la existencia de frecuentes movimientos migratorios entre las tierras palestinas y Egipto. POUSSIN, Nicolás. *El paso del mar Rojo* (1633-1636). National Gallery of Victoria, en Melbourne (Australia).

personaje posee una historicidad fuera de toda duda y hoy se sabe que fue un hebreo de la tribu de Leví, llamado Mesu, que recibió formación de los egipcios y posteriormente pasó a ser un individuo influyente en la corte. Su exilio se produjo después de observar como un esclavo judío era maltratado por un capataz egipcio al que Moisés mató, hecho que le obligo a escapar, iniciando una marcha que le llevaría hasta Madián, en donde recibió la revelación del nombre de Yahvé, 'Yo soy el existente', en una zarza que ardía sin consumirse.

De su dios recibió la orden de liberar a los hebreos que aún vivían sometidos en tierras de Egipto, una ardua tarea que sólo logró superar después de arrasar el país del Nilo con diez terribles plagas. A partir de este momento la historia es conocida por todos: una vez atravesado el mar Rojo, los hebreos continuaron hasta el monte Sinaí, en donde se realizó un nuevo pacto entre Yahvé y su pueblo, una alianza por la que les fueron entregadas sus leyes civiles y religiosas que incluían los diez mandamientos. El arca de la alianza, que contenía las tablas de la Ley, se convirtió posteriormente en el estandarte de guerra y en el símbolo religioso más importante del pueblo israelita. Pero Moisés no sólo recibió el encargo de la construcción del arca. Otros de los objetos culturales básicos de su religión, como la mesa de los panes de la proposición, o el candelabro de oro de los siete brazos, fueron también encargados durante la estancia en el desierto.

Debido a la desobediencia de los hebreos, la marcha hacia la tierra prometida se vio retrasada durante cuarenta años, período de tiempo en el que se vieron obligados a permanecer errando por el desierto.

A pesar de que los datos que nos ofrece la Biblia sobre el éxodo y la estancia en el desierto son controvertidos, una cosa es cierta, ya que la arqueología, después de años de investigaciones, ha comprobado que la llegada de inmigrantes a Egipto desde Canaán y su asentamiento en la zona oriental del delta del Nilo era un fenómeno recurrente, que ha sido verificada con hallazgos arqueológicos. Investigando los libros de los principales egiptólogos pude comprobar cómo en el Egipto Medio, en la tumba de Beni Hasan, había unas pinturas fechadas alrededor del siglo IX a. C. que

representaban a un grupo de cananeos que bajaban al país del Nilo con animales y otros bienes. Pero no todos vinieron de forma voluntaria, ya que otros podrían haber sido llevados como prisioneros de guerra y convertidos en esclavos, utilizados para trabajar las tierras de los templos o para construir sus ciudades.

En la actualidad, diversos autores críticos con el relato bíblico han puesto en tela de juicio la existencia de una migración del pueblo israelita desde Egipto, en una época tan tardía como los siglos XIII y XII a. C. Según ellos, sería inviable que, en la cúspide de su poder, los faraones egipcios de la dinastía XIX hubiesen permitido a un grupo de esclavos salir de su territorio y ocupar una región, Palestina, que aún se encontraba bajo su soberanía. Además, parten de una pretendida inexistencia de restos arqueológicos en la ruta que describe la Biblia para el éxodo de un pueblo que, recordemos, anduvo errante por el desierto durante casi medio siglo. Según ellos, Manetón, nada menos que en el siglo III a. C. había narrado un acontecimiento, constatado desde el punto de vista arqueológico, sobre una invasión de un pueblo de origen semita, los hicsos, que se había hecho con el poder del Bajo Egipto en los siglos XVII y XVI antes de Cristo.

Para estos autores, las similitudes entre el relato del éxodo y el que nos hizo Manetón sobre la invasión de los hicsos, son más que evidentes. Es por ese motivo por el que consideran que la fuente original de la que se valieron los redactores de la Biblia en el siglo VII a. C. fue este episodio histórico.

Investigando más a fondo esta posibilidad me di cuenta de que la identificación de ambos acontecimientos presentaba serias contradicciones. En primer lugar, ya dijimos que la invasión de los hicsos quedó marcada en la memoria histórica egipcia como un momento de inestabilidad y de caos. Las fuentes, tal vez exageradamente, no dejan de remarcar el talante violento y sacrílego de un pueblo que sumió a los desesperados egipcios en la pobreza y el horror. Si así fuese, si hubiese existido algún tipo de relación entre los hicsos y lo que después fue el pueblo de Israel en su huída del país del Nilo, sería lógico suponer que unos años más tarde, durante el reinado del faraón de la XVIII dinastía, Akenatón, cuando se redactaron cientos de cartas que describían con detalle las formas

de vida de los habitantes de Canaán, estas relacionasen a sus gentes con los hicsos cuyo recuerdo, a buen seguro, seguiría fresco en sus mentes. Tampoco hay ninguna referencia al pueblo de los hicsos durante el reinado de Merneptah, momento en el que aparece por primera vez en un texto el nombre de Israel. No hay ninguna fuente, mención o documento, que relacione ambos pueblos.

Se insiste, por otra parte, en la dificultad que habría tenido el pueblo de Israel de escapar de su cautiverio y asentarse en una zona que, al menos nominalmente, debía seguir bajo soberanía egipcia. En este sentido, no debemos olvidar que la mayor parte de los investigadores consideran que la travesía de cuarenta años por el desierto, no se debió a la idolatría y falta de fe del pueblo elegido, o la necesidad de deambular sin rumbo fijo durante tan largo período de tiempo para olvidar las creencias aprendidas en Egipto, sino a la búsqueda de un momento propicio, de debilidad de los faraones, para asentarse en Palestina.

LA CONQUISTA DE CANAÁN: LOS JUECES

Muerto Moisés, el siguiente capítulo importante en la historia de Israel fue el de la conquista de la Tierra Prometida, del que el Libro de los Jueces nos ofrece una generosa información.

Fue Josué el que organizó la conquista de Canaán en un momento en el que Egipto pasaba por dificultades y Asiria aún no había alcanzado una fuerza suficiente para evitar la llegada de nuevos inmigrantes a la zona. Por eso, los únicos enemigos que encontraron en la zona fueron los cananeos, que vivían en ciudades amuralladas pero con un nivel de sofisticación superior al de los recién llegados judíos.

Esto último, parecen reflejarlo los estudios arqueológicos, que destacan la existencia entre los israelitas de un grado de civilización más bajo, tanto en sus toscos campamentos como en sus restos cerámicos, frente a los de la población suplantada que, sin lugar a dudas, presentaban un estadio cultural algo más evolucionado.

A pesar de todo, como pueblo semita, los cananeos tenían una lengua parecida y eran de la misma etnia, por lo que la principal



Imagen de la toma de la ciudad de Jericó. En la actualidad, el episodio bíblico de la conquista de Jericó se interpreta como una leyenda sin valor histórico. Los arqueólogos nunca fueron capaces de encontrar restos de la batalla, que según el Libro de los Jueces se produjo tras la invasión israelita de la Tierra Prometida.

diferencia era de tipo religioso ya que el culto cananeo se basaba en unas prácticas rituales muy sangrientas, entre las que tenemos el sacrificio de primogénitos, y tenían como principales divinidades al Baal fenicio y la Astarté o Ishtar de origen sumerio. La vida de los antiguos habitantes cananeos era muy simple: habitaban en ciudades amuralladas, entre ellas la de Meggido y Jericó, y las casas eran chozas con techumbres realizadas con barro. En ocasiones sus santuarios estaban contruidos sobre cuevas que también tenían la función de ser necrópolis de niños.

Llegado a este punto de la historia de Israel, me di cuenta de que me aproximaba cada vez más hacia la figura clave del rey Salomón, con el que se relaciona la mesa, por lo que la historicidad de la conquista de Canaán y el establecimiento de las bases para lo que posteriormente será la edad dorada del pueblo judío, debía de quedarme totalmente atestiguada. Por eso decidí recurrir de nuevo a la arqueología, con la intención de encontrar huellas de la ocupación del territorio desde el siglo XIII antes de Cristo.

Era consciente de que muchas de las estructuras, lugares y monumentos que anteriormente venían considerándose como el testimonio verificador de lo que nos narraba la Biblia, fueron fechadas de forma muy distinta conforme fueron avanzando los sistemas de datación arqueológica. Un ejemplo muy clarificador fue el de la mítica ciudad de Jericó. La famosa escena en la que los israelitas, acompañados por el arca de la alianza, hacen sonar las trompetas para derribar las murallas de la ciudad, no parece más que una simple leyenda nacida con la intención de magnificar el episodio de la conquista. Por mucho que se ha tratado de encontrar algún elemento que de cierta verosimilitud al episodio, lo cierto es que no hay ni rastro de la presencia de murallas en el poblamiento en el siglo XIII antes de Cristo.

A pesar de todo descubrí que el libro de Josué no era una simple fábula, ya que reflejaba con exactitud la realidad física de Canaán a finales de la Edad de Bronce. Además, otros estudios sí que parecían mostrarnos la existencia de destrucciones y cambios importantes en los aspectos culturales y de asentamiento que, en esta ocasión, sí que parecían coincidir con lo que nos narra la Biblia.

Es el caso del yacimiento de Tell Beit Mirsim, identificado con la ciudad cananea de Debir y cuya conquista se menciona tanto en el Libro de Josué como en el Libro de los Jueces. En una de las excavaciones Albright logró establecer un cuadro muy claro sobre los diferentes tipos de cerámica que, como se vio más tarde, resultó de una importancia capital para el establecimiento de una cronología palestina acertada. Tell Beit Mirsim tenía una fase del Bronce Medio y Reciente bien atestiguada, con típicas fortificaciones en terraplén del Bronce Medio datadas a principios del segundo milenio antes de Cristo, seguido por un período de abandono que coincide con otras

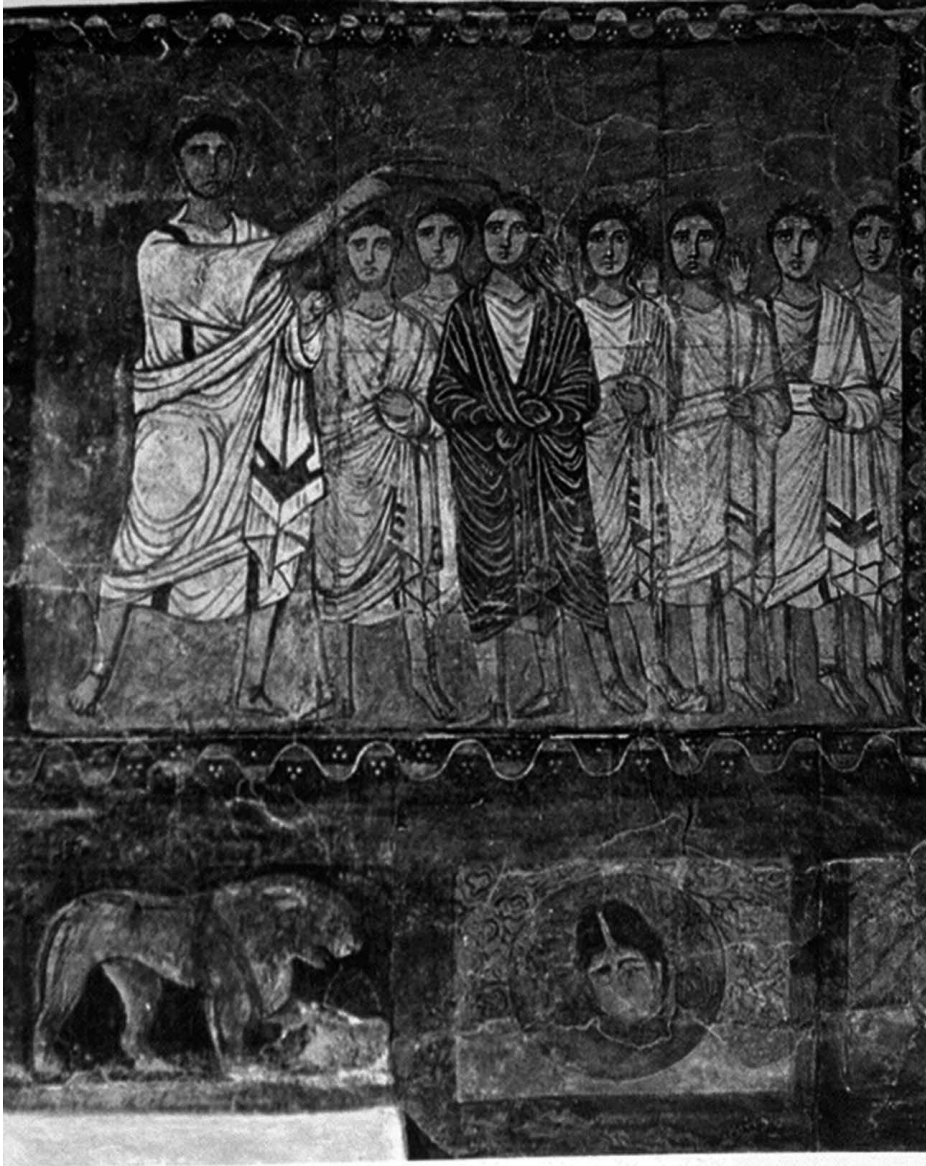
suroeste de Jerusalén, se descubrió otra ciudad destruida durante el Bronce Reciente y que fue identificada con la bíblica Laquis. Lo mismo podía decirse de Jazor, excavada por Yigael Yadin, y en donde se repetían las mismas pautas de asentamiento, con un estadio de destrucción fechado hacia el 1200 antes de Cristo.

Todo lo que había leído hasta ahora parecía confirmar mi primera impresión sobre la naturaleza histórica del Antiguo Testamento. La llegada de nuevos contingentes al área sirio-palestina en el siglo XIII a. C., y la destrucción de algunas de sus ciudades más importantes es un hecho que no puede negarse ni arqueológica ni documentalmente. Los aspectos culturales, reflejados en sus restos materiales, indican, por otra parte, un cambio de influencia y de estilo que lo alejan de lo que fueron las pautas de comportamiento de las poblaciones cananeas anteriores a dichas invasiones.

Pero el asentamiento en las tierras de Canaán no iba a ser fácil, pronto comenzaron los enfrentamientos con los pueblos que les rodeaban, algunos tan poderosos como las ciudades filisteas, que amenazaron, desde el primer momento, la seguridad de las recién adquiridas posesiones judías. Frente a dicha amenaza, no se encontró mejor decisión que poner en manos de un solo hombre el control de todo un reino. Se iniciaba una nueva etapa, la monarquía, en la que destacan dos personajes cuya fama se hizo imperecedera: David y su hijo Salomón.

LA MONARQUÍA UNIFICADA

El primer rey, Saúl (1020–1000 a. C.), perteneciente a la tribu de Benjamín, fue ungido por Samuel, el último de los jueces anteriores a la monarquía, en el santuario de Guilgal. Fue un rey carismático, con una fama de guerrero que se vio reforzada merced a sus triunfos sobre los amonitas y sus posteriores luchas con los filisteos. Su importante victoria en el paso de Mikmás, le consagró entre el resto de las tribus del norte por lo que terminó siendo aclamado por el pueblo, otorgando la legitimidad necesaria para un gobierno que no se vio exento de problemas.



En la imagen, se ve a Samuel consagrando a David. Siria, siglo III a. C. A pesar de su prestigio, el acceso al poder del rey David estuvo envuelto en la polémica. Durante muchos años colaboró con los filisteos, los odiados enemigos del pueblo elegido.

El más importante de todos ellos fue el de los filisteos, que una y otra vez acosaban las debilitadas posiciones israelitas. No fueron pocas las ocasiones en las que Saúl tuvo que hacerles frente, por lo que los momentos de paz que pudo disfrutar durante su reinado fueron breves. A la inestabilidad provocada por los filisteos, se le unió la rivalidad con un nuevo personaje, David, que por entonces comenzaba a acrecentar su fama entre las tribus. Samuel, que pocos años atrás había ungido al rey, tampoco vio con buenos ojos el advenimiento del nuevo régimen político. La puntilla a tan desdichada e inmerecida carrera política vino por parte de los filisteos, que finalmente lograron derrotar y dar muerte al rey en Gelboé.

Muerto Saúl, las tribus del norte proclamaron como rey a un hijo suyo, mientras que David, con la ayuda de los filisteos y las tribus del sur, se hizo coronar en el sur. Los conflictos y los desencuentros entre las dos regiones se iniciarán entonces y supondrán, con el paso del tiempo, uno de los elementos de inestabilidad más graves que las tribus tendrán que afrontar y que llegará a condicionar su desarrollo histórico.

David reinó sobre el reino de Judá desde su residencia de Hebrón, mientras que el norte reconocía a un hijo del anterior rey llamado Isboset, pero con su muerte, después de dos años de lucha, David también pudo hacerse con el control del área septentrional tras una hábil maniobra política de tipo matrimonial. Fue por este motivo por lo que terminó convirtiéndose en el primer gran rey de un reino unificado que inició un proceso de expansión que le llevó a controlar zonas tan lejanas como Siria, Ammon, Moab o Edom. También conquistó la ciudad de Jerusalén a los jebuseos, y fue allí donde estableció su capital en una zona neutral que no pertenecía a ninguna de las doce tribus.

Esta política militarista y de conquista se mantuvo durante todo su gobierno, en el que se contaron innumerables choques fronterizos que, casi en su totalidad, fueron favorables a los intereses judíos. En cuanto a la política religiosa, destaca por su habilidad política y su sensibilidad en una época en la que el culto a Yahvé no estaba totalmente desarrollado. A pesar de todo, la tradición tribal de los pueblos semitas fue muy difícil de olvidar en un reino tan joven como el de David.



El rey Salomón fue el tercer soberano de la monarquía unificada israelita. Fue recordado por mandar construir el templo de Jerusalén, en donde se depositaron las principales reliquias de la religión yahvista. Todas las tradiciones le recuerdan como el más sabio de los personajes del mundo antiguo. BERRUGUETE, Pedro. *El Rey Salomón* (h. 1470-1471). Retablo Mayor de la iglesia de Santa Eulalia, en Paredes de Nava (Palencia).